

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA,
con la
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE
E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES,
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

30 de Setiembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 20.

SUMARIO.

La Indiferencia.—En el álbum de María, poesía.—Calvario y redención, cartas de tres hermanos.—La flor del cielo, novela.—Todo pasa, poesía.—Sección doctrinal, La senda del cielo.

LA INDIFERENCIA.

(CONCLUSION.)

La existencia de un Dios único, la creación del mundo, el juicio á que este debe presentarse, como un reo que espera su sentencia. el destino futuro del hombre, todo se plantea y resuelve sin oscuridad ni vacilaciones, Habla con la claridad de la verdad que no teme ser discutida y si solo condenada por los que la ignoran.

Lo repito, si Platón, si Sócrates, si Cicerón, cuyas almas sedientas de verdad, se agitaron perpétuamente entre los tormentos de la duda hubieran escuchado ese lenguaje sublime, llenos de inefable alegría y de profundo amor habrían repetido como algunos de los varones atenienses: «queremos oírte de nuevo sobre estas cosas» y habrían creído. La buena nueva que ellos presintieron ha brillado ya en los horizontes de la inteligencia encendiendo en ella la llama de la fé, así como en los corazones el fuego purísimo del amor y de la esperanza; dando así guía segura á la razón y al espíritu serenidad y fuerzas para resistir las amargas de la vida.

Leed, sino, las admirables confesiones de aquel varón sabio como nadie y mas santo que sabio, á quien llama la historia el Platon cristiano.

tiano; el cual despues de recorrer el campo de la ciencia en busca de la verdad, cae abatido y postrado, víctima de la mas violenta lucha que jamás ha sufrido el espíritu del hombre. «Mi corazon, dice, estaba agitado á la vez de los mas diversos movimientos é ideas, llevado de un lado y de otro, como una nave combatida por contrarios vientos.» Pero he aquí que de repente la voz de la conciencia y de la gracia suena en medio de las tinieblas de su alma: ¿Y qué? grita: los ignorantes nos arrebatan el cielo y nosotros, con toda nuestra ciencia, somos tan necios que permaneceremos sepultados como bestias en la carne y en la sangre? Y aquella inteligencia, nublada por la carne y la sangre, abre los ojos y se remonta de repente como águila caudal á las alturas donde brilla la verdad, para revelar a los hombres, en cuanto es posible alcanzar á la razon miserable, las relaciones que existen entre los designios de la Providencia y los sucesos de la historia.

¡Racionalistas! No sois vosotros tan sábios como Dionisio el del Areopago, ni como Agustino; no teneis el entendimiento gigantesco de Tomás, que aprendió toda su sabiduria á los piés de un crucifijo y que brilla como lumbrera inextinguible desde las tinieblas del siglo XIII; no podeis elevaros con el arranque sublime de Bossuet, ni ascender con el éxtasis místico de Teresa hasta las moradas celestiales; ni contar como Massillon, en medio de un auditorio subyugado por su palabra, el número de los elegidos; no habeis descendido con Dante al infierno, ni subido con él á aquellas regiones bañadas perpetuamente en una claridad suavísima; no habeis arrebatado un mundo á los misterios de las olas, como Colón. ¿Qué derecho teneis, pues, á llamar esclava á la razon, cuando acompañada de la fe ha penetrado resueltamente en los dominios de la verdad? Ah! sois unos insensatos! Rechazais la fé, revelacion de un mundo sobrenatural, superior á la razon, y aceptais lo contrario á esta, lo absurdo. Es verdad, que vosotros sois capaces de jurar que Kant vale mas que Jesucristo y afirmando que la única autoridad es la razon individual no vacilais en arrastraros miserablemente detras de la opinion de un sofista. Vuestro dogma es creer todo lo que los hombres dicen... con tal que sea contrario á lo que Jesús y su Iglesia enseñan.

Y sin embargo, tambien vosotros ¡oh desgraciados! teneis un alma nacida para destinos inmortales. ¿No os lo dice vuestra conciencia? ¿No os lo afirma vuestra razon? ¿No os lo enseña ca-

da dia la historia de esos dolores ignorados que van royendo el corazon del impio como gusanos implacables? En vano quereis embriagaros con el nectar amargo que os brinda el idolo de vuestra propia razon, prometiendoo la inmortalidad sobre la tierra.

Jamás he visto hombre alguno inmortal; he visto, sí, muchas veces la flaca y pálida mano de la muerte tocando en la cabeza del venturoso y del desgraciado, ¿Y qué son veinte ó cuarenta años de paraíso para mí que deseo una dicha inmortal? El anciano solitario que cava su sepultura y va á meditar sobre ella, esperando el momento en que lo reciba dentro de su seno, encontrará una mano piadosa, que coloque sobre la tierra aun removida una modesta inscripcion, que atestigüe que duerme en el Señor; la semilla cristiana que ha alimentado á sus hijos con el sustento de la verdad divina, recibirá en su tumba el rocío de las santas oraciones que les enseñó y podrá un dia bendecirlos desde el cielo, como la vez postrera que los vió al rededor de su lecho. ¿Qué inscripcion, decidme, se colocará sobre vuestro sepulcro, oh desventurados que renunciasteis á morir en el Señor? oh mil veces desventurados que preferis la nada al cielo? Pero os engaños. Dentro del sepulcro queda algo, polvo, ceniza, vanidad, un puñado de no se qué materia asquerosa; fuera queda tambien..... la eternidad del cielo ó del infierno.

Ni tendreis para entonces la esperanza de que las oraciones de vuestros hijos os rescaten de las penas crueles. ¡Ellos no saben rezar! Vosotros no les habeis enseñado á que rezen! Hijos que no rezan por sus padres! Padres que no enseñan á rezar á sus hijos! Los unos crueles, mas que hienas, porque no aman á los que engendraron. Los otros desdichados, mas que siervos, porque no tienen padre en la tierra, ni lo ven mas allá de los cielos. Unos y otros; ¡qué horror! pasan por la vida sin amar, sin esperar, sin que lleven el alma sostenida por el soplo divino del espíritu cristiano.

Pues si el que cree, espera, ¿en qué espera el desgraciado que no cree? ¿En los hombres? Estos nos abandonan en mitad del camino ó arrebatados por la muerte ó separados por pasiones del corazon ¿En la riqueza? Ah! la fortuna veleidosa ora torna el rostro amigo y sonriente, ora ceñuda nos disputa ó despoja de los prestados bienes. En la juventud? Oh! cuan presto encanece la frente y tiembla la mano antes vigorosa y se apaga el brillo de los ardientes ojos!

La juventud vive acaso de las ilusiones de la tierra, pero la ancianidad se refugia en las esperanzas del cielo, que es la juventud del alma. Ved esos ancianos gastados ya para la tierra, que no encuentran el camino de la esperanza, del cuál les hizo olvidarse la indiferencia ó la incredulidad, que buscan la luz y no la hallan, llaman á su corazon y lo encuentran árido y seco para la fé y el amor divino, tienden á su alrededor la vista y ven que todo desaparece fugitivamente y se encuentran ya casi frente de un porvenir incierto que les espanta; ¿podeis comprender los horribles tormentos, las congojas mortales, los espantos súbitos, la tremenda incertidumbre que acometerán como crueles enemigos el corazon del miserable?

Levanta, hombre, levanta tu mirada al cielo, Allí la paz, la luz, y el gozo inacabable y la posesion eterna del bien, que enciende perpetuamente la voluntad en amor inextinguible.

FRANCISCO DIAZ CARMONA.

—
DOLORA.
—

EN EL ALBUM DE MARÍA.

I

Ay! de la flor que el viento
Lleva en sus alas
Fugitivas, con pena
De sus hermanas;
¿Dónde irá que no afee
Sus lindas galas?
Dónde que no fenezca
La desdichada?
Y en el último instante,
Qué mano blanca
Guardará las cenizas
De la flor lánguida?

II

Ay triste y miserable
Del pajarillo;
Que abandona piando
Su alegre nido;

¿Quién en la selva extraña
Oirá sus trinos?
¿Quién volará al reclamo
De sus gemidos?
¿Quién con sus dulces alas
Le dará abrigo?
¿Donde hallará sustento
Su tierno pico?

III

Ay! triste el pensamiento,
Que vuela rápido
Lejos del alma justa,
Que lo ha creado;
Que solo por el mundo
Se irá manchando
Con el aliento fétido
De seres malos;
Y cuando al alma torne
Demente y pálido,
Entrará, las ideas
Amotinando:
Y unas fieras, y otras,
Llenas de llanto
Engendrarán las penas,
Del alma daño.

VI

No abandones, María,
Nunca á tu padre
Tras de la dicha loca,
La dicha es aire.
Cuando los pensamientos
Vuelan y traen
Deseos de fortuna,
Que al pecho invaden
Y en pos de ellos se acuerdan
Los patrios lares,
El corazon lloroso
Padece hambre,
Hambre de amor sencillo,
Sed insaciable
De los besos del alma,
Que dan las madres.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian á María.

Tus dos últimas cartas me han llenado de asombro y de ansiedad, querida hermana mia, y han venido á aumentar el pesar de mi alma, lastimada ya con la desaparicion de Angelina.

Y sin embargo, en medio de todo esto abrigo una espezanza; la de rehabilitar la memoria de nuestro padre y la de recuperar nuestra fortuna.

Hoy escribo á nuestra madre, pidiéndole detalles sobre el pasado, y rogándole que desgarré á mis ojos el velo que envuelve unos sucesos que debo conocer.

Como te dije en mi última carta, despues de abandonar á Castells, esperé oculto y en un extremo de la calle á que saliese el hombre que se hace dar nuestro título, sin perder de vista el carruaje que lo habia conducido.

Cansado de aguardar el fin de aquella visita demasiado larga ya, y anhelando por otra parte tomar, si era posible algunos antecedentes, me acerqué lentamente, y procuré entablar conversacion con el criado ó yokei que se hallaba en el pescante.

—Magníficos caballos! exclamé para llamarle la atencion y atraerme las simpatías de aquel muchacho: magníficos caballos!

—Oh! son unos nobles y hermosos animales, dijo alhagado por mis palabras, estoy cierto que no hay otros que se les parezcan en muchas leguas á la redonda.

—Valen un tesoro, y deben pertenecer á un señor bien rico.

—Así es en efecto; mi amo el Marqués de Alba-luz posee un caudal considerable.

—¡Alba-luz! exclamé, fingiendo una extrañeza que no sentia; Alba-luz, ese título es español.

—Creo que sí.

—Entonces tu señor lo serás.

—Sí, y mi padre tambien, hace muchos años que sirve en la casa.

—Tu padre! ah! somos compatriotas! esto me complace infinito, ¿y dices que hace tiempo?...

—¿Sirve á D. Pedro? sí; y no solo á él sino al anterior Marqués, que...

—Como! es posible?

Esta exclamacion, escapada involuntariamente de mis labios, hubiera llamado la atencion del muchacho si este no se encontrara en aquel ins-

tante ocupado en contener los caballos que empezaban á impacientarse.

Yo procuré serenarme entre tanto, y creyendo que el oro es el mejor camino para llegar donde deseamos, saqué algunas monedas de plata y las puse en su mano, diciéndole al par.

—Toma, para que bebas á mi salud.

—Gracias, señor, exclamó un poco admirado, pero no comprendo...

—El motivo de esta dádiva? es muy sencillo: yo soy español, tu padre dices que lo és, y quisiera conocerlo, y hablar algunos instantes con él.

—Hablar con mi padre! oh! eso es mas difícil.

—Como! y por qué?

—Porque está muy enfermo, mucho, y con la cabeza no muy segura por efecto de su mal.

—Y vive contigo?

—Si señor, los dos estamos en casa del amo.

—Yá!

—El señor Marqués no quiere que mi padre salga de su lado. ¡Ya se vé! como le conoció en su juventud, y cuando aun servia á su primo....

Como puedes suponer, hermana mia, esta conversacion tan indiferente en la apariencia tenia un gran interes para mí.

Aquel hombre quizá habia pertenecido á la servidumbre de nuestro padre, y si yo lograba verle, tal vez él podia darme algun hilo de la madeja que intentaba desenredar.

Insistí pues con nuevo empeño, y el criado de D. Pedro cedió, aunque con alguna extrañeza, á mi empeño de hablar á su padre.

Ya ibamos á fijar la hora, cuando el muchacho se quitó rápidamente su sombrero galoneado y dijo con rapidez,

—Mi amo viene, el señor Marqués.

Solo tuve tiempo para apartarme á un extremo y hacer una seña á mi interlocutor para recomendarle el silencio.

Un poco separado del carruaje, pude ver á D. Pedro que se acercaba para montar en él.

Es un hombre muy anciano, y muy enfermo, cuya presencia me hizo estremecer, y no sé por que parecia despertar en mi memoria el recuerdo de una imágen confusa.

Pareciame haber visto como en sueños aquellos ojos, aquella frente, aquel aspecto,

Antes de que pudiera salir de mi preocupacion, el carruaje partió á escape, y yo le seguí instintivamente, sin perderlo de vista.

Aunque fatigado y jadeante no cesé un instante en mi empeño, y un cuarto de hora despues nos deteniamos ante un bellissimo edificio

situado en uno de los parajes mas aislados de la poblacion.

El anciano bajó del carruaje, y penetró en el interior de la casa.

Yo me acerqué de nuevo al yoke, apenas su señor hubo desaparecido.

—V. aquí? preguntó sorprendido, yo creia..

—Os he seguido.

—Y bien deprisa por cierto.

—Ya te he dicho que tengo enpeño en ver á tu padre.

—Pero...

—Te recompensaré por ello.

—No entiendo...

—Podiera engañarte, pero prefiero decirte la verdad: tu padre tal vez sepa decirme alguna cosa que me interesa mucho saber, y si no me he engañado en mis sospechas te pagaré bien este sencillo favor.

La idea de lo que podria darle influyó sin duda mucho en el muchacho, y por otra parte mi peticion era tan sencilla que al cabo no tuvo dificultad en concederme lo que pedia.

Me rogó solo que aguardase algunos momentos, y una vez cumplidos sus deberes me guiaria al cuarto del enfermo.

Así fué en efecto, y poco despues penetraba á mi vez en aquella casa donde habitaba el que habia sido quizá la causa de nuestra desgracia.

Guiado por Diego, que así se llama mi nuevo conocido, cruzé algunos patios y llegue á una habitacion situada en el mas retirado de ellos, cuya puerta entornada me dejó ver algo del interior.

El joven entró el primero y le escuché decir dos ó tres veces.

—Padre, padre, despierte V.

Ninguna respuesta obtuvieron estas palabras, y Diego haciéndome una seña me invitó á entrar.

Abrió una alta ventana que caia sobre el patio y la luz penetró en la estancia, dejándonos ver en uno de sus extremos un lecho, en el cual dormia profundamente un anciano demacrado y desfigurado por los sufrimientos sin duda.

Sobre su frente coronada de cabellos blancos se extendia una sombría nube, que se adivinaba en el fruncimiento de las cejas y en la expresion doliente de la boca.

Yo le contemplé un instante con pesar, y me senté á su lado temeroso de turbar aquel sueño, que era acaso el lenitivo de grandes sufrimientos.

Diego, mas impaciente ó menos previsor, se acercó al enfermo, y tocándole en el hombro,

—Padre, repitió antes de que yo pudiera impedirlo, padre despierte V.

Los ojos de aquel hombre se abrieron desmesuradamente, manifestando así su sorpresa, y con un movimiento mas enérgico que el que podia esperarse de él, trató de incorporarse en el lecho.

No pudo conseguirlo sin embargo, pero fijando en mí una mirada investigadora y extraña.

—Que esto, dijo, quien está aquí?

Una idea súbita acudió á mi mente y me decidí á ponerla por obra.

Quizá una sorpresa, una pregunta inesperada me harian dueño de los secretos de aquel hombre.

Por eso respondí con voz firme y enérgica á su pregunta.

—Soy Fabian de Ossorio, antiguo Marqués de Alba-luz; que viene á preguntaros cuanto sabeis á cerca de su padre.

Aquel hombre dió un grito, su rostro se descompuso, juntó sus manos y fijando en mí su mirada.

—Dios mio! exclamó, Dios mio! al fin le pediré perdon antes de morir.

No pudo decir mas, pues cayó sin sentido sobre la almohada.

Su hijo alarmado corrió hacia él y mirandome con sobresalto,

—Caballero, dijo, ¿que le habeis hecho á mi padre?

—Tranquilizate, murmuré turbado á mi vez; esto no será nada: tratemos de volverle en sí.

Y tomando un vaso de vino que hallé á mano sobre una mesa, derramé algunas gotas sobre los labios del anciano.

Pareció este reanimarse un poco y empezó á volver á la vida.

Cuando abrió los ojos dirigió una mirada en torno, como buscando algo en derredor.

Se fijó en mí y me dijo con balbuciente voz.

—Estoy muy debil me siento muy fatigado, hoy me es imposible hablar ni coordinar mis ideas, pero vuelva V. mañana y todo se lo diré: porque V. es el hijo de mi antiguo señor... sí; no me cabe duda! su acento... su semblante... Oh! V. és, y V. me perdonará en su nombre la parte que tuve en aquella intriga maldita! en aquella intriga cuyo recuerdo me oprime la conciencia! y... hubiera sido horrible llegar á morir sin confesar toda la verdad.

—Luego V... pregunté con afan.

—Todo lo sé y todo lo diré, pero mañana, hoy no puedo... no puedo.

Habia tanta angustia y tanto abatimiento en su aspecto que no quise insistir, y me propuse volver á otro día.

Ese día es mañana y le aguardo con impaciencia para saber toda la verdad.

A Dios hermana mía, Él quizá, su justa Providencia me ha conducido aquí, para devolver á nuestra madre sus riquezas, y á nuestro nombre su esplendor.

Á Dios. confiemos ambos en Él y su mano nos guiará en el camino que debemos seguir.

FABIAN.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA FLOR DEL CIELO.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

—Sí; es preciso que no abrigues duda alguna de mis palabras y que me dejes ver á mi hija.

—¿Y si yo no pudiera acceder á tu ruego?

—Como?

—Si en bien de esa hija cuyo nombre invocas me negase á tu petición?

—Alberto!

—Oh tú no has pensado las torturas á que entregabas el corazón de la pobre niña, si le declarases la verdad! tú no has pensado que la ponías en lucha abierta conmigo, conmigo que soy el único que puedo hacer dichosa su existencia, que puedo darle una fortuna.

—Dios mío! y te niegas?...

—Resueltamente. Yo no puedo decir á Marina que mi posición me impone deberes que debo respetar; que no puedo mostrar á su madre como esposa mía, y por consiguiente que la niego el nombre que tiene derecho á llevar.

—Pero Alberto, tú no ignoras que esta respuesta me pondría desesperada, que acaso, acaso me obligaría á?...

—Ya sabes que todo es inútil! Quien te creería bajo tu palabra? y aun que dieran fe á tus protestas, que podrían hacer contra mí?

—Los bienes que has cedido á Marina...

—Probarían cuanto más que me interesaba por ella, que era mi hija, pero nunca que tú eras

esposa mía, y ella quizá no podría perdonarte la vergüenza que arrojabas sobre su frente.

Margarita se cubrió el rostro con las manos y derramó algunas lágrimas.

Su situación era cruel, y mas cruel aun la impotencia á que se hallaba reducida.

—Desengañate, añadió Alberto, piensa lo que vas á hacer y no comprometas la suerte de tu hija, quien desde el primer paso que dieras en contra mía, no podría ya vivir á mi lado.

—Vivirá conmigo! exclamó Margarita con calor.

—¿Y que podrías ofrecerla, olvidas que eres pobre, que Marina está acostumbrada á vivir en la opulencia y que la pobreza sería un martirio para ella.

—Los bienes que la has señalado...

—El que hace un legado, es dueño de anularlo también.

—Ah! ¿serías tan cruel?

Alberto iba á responder, pero José levantó el portier y se presentó en la estancia con aire de asombro.

—Qué quieres? pregunto Margarita admirada de que el fiel criado interrumpiese su conferencia con Alberto, que quieres?

José nada contestó pero presentó á su señora una tarjeta que traía en la mano.

Margarita fijó sus ojos en ella y de sus labios se escapó un grito indefinible, mientras sus mejillas se tornaban pálidas como las de un cadáver.

—Que es esto, preguntó á su vez el Barón, alarmado ante aquel misterio.

—Mira, exclamó Margarita mostrándole la tarjeta que oprimía en su mano aun, mira!

—Marina! murmuró Alberto con espanto, ella aquí!

—Solicita ver á mi señora, dijo José muy bajo, yo la he rogado que esperase, que...

—Oh! á qué vendrá? tú sin duda... repitió Alberto, mirando fijamente á Margarita.

—No; te juro que nada sabe por mí.

—Es preciso que no me vea! hay otra salida.

—No, pero ocúltate allí.

—No olvides que escucho las palabras que vas á decir y que de ellas pende su suerte futura, murmuró Alberto, ocultándose rápidamente.

Margarita apoyó la mano sobre el corazón, tratando de contener sus violentos latidos.

Iba á ver á su hija, á su hija á quien tanta amaba y por la cual se había sacrificado, á su hija que era su vida, su esperanza, su amor, su único bien!

Y sin embargo tenía que contener en sus labios la palabra que há tantos años ansiaba por brotar de ellos; tenía que acallar á su corazón, porque Alberto estaba allí; aquel hombre que compraba su silencio al precio de la dicha de aquella pobre niña y él iba á oírla, iba á tomar nota de sus palabras, de sus miradas, de las inflexiones de su voz..... ay! Margarita pensó todo esto en el cortísimo espacio de tiempo que su hija tardó en aparecer, y con un esfuerzo supremo, uno de esos esfuerzos que solo una madre sabría hacer, sereno su semblante. dominó su emoción, y quedó inmóvil y fría como esos montes cuya cima cubre la nieve y que ocultan en su seno el ardiente volcan.

Cuando Marina se presentó, solo de su agitación pasada quedaba la extremada palidez que cubría sus facciones y el ligero temblor que comprimía sus labios.

La jóven por su parte se detuvo en el dintel trémula y turbada, fijando en torno una mirada en que se reflejaban el temor y la súplica.

—¿Á qué vendrá? pensó Margarita, con el alma llena de lágrimas, ¿á qué vendrá?

Y sin embargo de que su corazón volaba hacia la pobre niña, permaneció muda sin atreverse á dar un paso.

—Señora, murmuró Marina con voz turbada, quizá le parecerá á V. extraña mi presencia en esta casa, pero yo le ruego que me perdone y que no me despidas sin escucharme.

—Yo! respondió Margarita con una voz tan imperceptible que apenas se podía oír: ¡Yo despedir á V.! por qué?

—Es tan poderoso el motivo que me trae, que sin duda V. tendrá lástima de mí y cederá á mis deseos, dijo Marina adelantando algunos pasos.

—Hable V. señorita. murmuró la infeliz madre pidiendo á Dios fuerzas y valor.

—V. sin duda no me conoce señora, añadió la niña fijando en Margarita su dulce mirada.

—Nó, respondió esta con el corazón desgarrado, no la conozco.

—Yo soy... yo soy una infeliz huérfana protegida por un noble señor... por el Barón de Almonacid, en cuya casa vivo.

—Ah!

—V. sin duda le conoce, porque esta mañana á estado á verle.

—Yo..., respondió Margarita con la mayor ansiedad.

—Sí, señora, y V. debe saber sin duda, algo que me interesa mas que la vida.

—Como!

—Por una de esas casualidades que no podemos explicarnos... quizá por una oculta disposición de la Providencia pude escuchar algunas frases de las que se cruzaron entre V. y el señor Barón.

La cortina de la alcoba situada á espaldas de Marina se movió de un modo brusco y violento, pero sus pliegues permanecieron caídos sin dar paso al que la movía.

Margarita se apoyó en una silla para no caer, pero esperó tambien:

Marina continuó.

—Yo salía de mi cuarto... iba á dirigirme al jardín donde voy todas las mañanas por flores para la Virgen... para la Virgen, mi única madre; cruzaba el corredor donde está el cuarto del señor Barón, y oí su voz que pronunciaba mi nombre, creí que me había visto y que me llamaba, y me aproximé á la puerta. Entonces conocí mi error, comprendí que hablaba con otra persona... esa persona era V.

—Yo!...

(Se concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

A REYES.

TODO PASA.

Pasa el invierno y sus hielos
Y pasa el ardiente estío
Y las gotas del rocío
Las seca en la rosa el sol.

Y pasa la primavera
Con sus galas y sus flores
Y tambien de los amores
Con los años la ilusion.

Pero lo que nunca pasa,
Ni en el cielo ni en la tierra
Es el candor que se encierra
Reyes en tu corazón.

CIPRIANO SEVILLANO.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Ay! Señora; á no ser así no hubiera venido á confiarle todo esto.

—Es cierto y puedo asegurarle que el primer paso en el camino del bien está dado, en el instante en que reconoce que hizo mal. Pero ¿será tal su resolución que esté dispuesto á reparar el daño que hizo?

—Sí, V. E. lo quiere....

—No soy yo, Sr. Nicolás, entiéndalo V. bien, no soy yo quien lo quiere, es Dios, que para darnos el perdón exige que borremos hasta donde nos sea posible la huella de nuestro pecado y que subsanemos el perjuicio que causó. Hay faltas, amigo mio, que quedan absueltas con un sincero golpe de pecho, con una lágrima con un suspiro; pero hay otras por el contrario que necesitan que al sentimiento del espíritu vaya unida la acción práctica, á la palabra la obra, al deseo la reparación. Por ejemplo, el usurero no se salvará si no devuelve céntimo á céntimo el dinero que adquirió con la usura, el calumniador no podrá entrar en el cielo si no rehabilita con una pública retractación la honra por él mancillada, y el que juró en falso con perjuicio de otro tercero, no debe dormir en su lecho tranquilo hasta que declare su hierro, y repare el mal que ocasionó.

—Pero Dios mio, señora; si lo que V. E. dice no es posible.

—Sí qué lo es, señor Nicolás.

—Entonces no hay esperanza de salvación para los que una vez incurrieron en esos pecados, puesto que muchas veces es imposible restituir completamente lo mal adquirido, ni que la retractación sea tan pública como fué la calumnia que salió de nuestro labio.

—La Iglesia amigo mio, es madre y no madrastra nuestra, recuérdelo, V. es justa, pero es misericordiosa; y sobre todo no pide jamás más de lo que esté en nuestras manos hacer. En poniendo de nuestra parte, todo cuanto podamos, en practicando aquello á que alcancen nuestras fuerzas, la clemencia divina suple lo demás, nuestra alma queda purificada y nuestra conciencia serena.

—Oh! pues en siendo así, no haya miedo de que yo me excuse, y estoy pronto.... digo mal, estoy deseoso que V. E. me indique el modo de cumplir mi deber.

—En este momento nada puedo resolver.

Esta noche, despues que todos nuestros amigos se hayan retirado, espero á nuestro buen párroco para consultar con él sobre este asunto; yo quizá tenga algunas pruebas que pueden ser de gran trascendencia

y darnos alguna luz, y necesito convencerme de ello, y pensar el modo de utilizarlas; de todos modos ya sé qué cuento con V.

—Sí si señora, pero ¿sabe Lorenzo...?

—De esto á que yo me refiero. quizá nada.

—Yo sospecho que se acuerda de mí, por que le ví ponerse desfigurada cuando oyó mi voz y mi nombre.

—Ese nombre debe haber despertado en su alma recuerdos muy dolorosos. ¡Pobre anciano, ¡tan infeliz y tan resignado! pero ya creo que me esperan en la galería por que oigo á Julieta y Adolfo que preguntan ánciosos por mí: subamos, pues; el deber que me he impuesto es tan dulce que por nada del mundo faltaría á él. Subamos pues y hablemos algo de la blasfemia, de voto, de esas mil injurias que Dios recibe á cada paso de la criatura que formó con su diestra y ennobleció con su poder.

La anciana se levantó, y seguida del Sr. Nicolás, se dirigió á la galería donde efectivamente la esperaban ya.

Al verla aparecer, sus nietos corrieron á ella y la colmaron de besos y caricias, y los demás se levantaron con muestras de respeto y sobre todo de cariño.

La Marquesa experimentó en su corazón algo parecido al hermoso sentimiento de la gratitud. Sí: gratitud y profunda alegría la inspiraban las muestras de afecto que en aquel instante recibía.

—Gracias á Dios que estás aquí, mamá, exclamó Julieta desprendiéndose de sus brazos, gracias á Dios que estás aquí.

—¿Hé tardado tanto por ventura, hija mia?

—Yo no sé si has tardado mucho, lo que sí puedo asegurar que todos te esperábamos con impaciencia, y yo más que ninguno.

—Y por qué?

—Por que, mira, el pobre tío Lorenzo sin duda está enfermo.

—Enfermo!

—Creo que sí, porque le veo mas triste que otros días; hasta ha llorado hoy, mamá, ya ves, cuando un viejecito llora es porque sufre mucho, ¿es verdad?

—Hija mia, las lágrimas son el patrimonio de la humanidad, las de las niñas son gotas de rocío que se desprenden suavemente del alma sin esfuerzo alguno formando mas hermosa y perfumada la casta flor de su inocencia, las de las ancianas son gotas de sangre del corazón, pero si al derramarlas alzamos la vista al cielo, el ángel de la guarda las torna en brillantes con los cuales su mano nos forma una corona imperecedera y eterna.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.